

## UN ATEO PROFUNDO: SARTRE

**Y** O, como creyente, me encuentro a caballo entre Sartre y la filosofía analítica del lenguaje. Y que no le extrañe esto a los fariseos del escándalo religioso.

Sartre vivió de profundidades, y en cambio esta filosofía científica —tan distinta de su postura— vive de poner solamente las cosas a punto, sin adentrarse en lo hondo del ser. Aquél era el último metafísico, y el neo-cientifismo pretende más bien borrar de la mente humana todo anhelo de una inmanencia que trascienda los límites concretos del ser visible. En una palabra: aquél quería descubrir la trascendencia en la inmanencia, como pretendió también el cristianismo; pero Sartre no aceptó a éste. Su ateísmo radical estaba teñido de una sombra o huella de Dios, porque quería encontrarlo en todo hombre por el solo hecho de ser hombre. Hallaba en lo humano un profundo deseo de Dios, de ser Dios. Lo que pretendía era un cierto imposible: una religión vista del revés. Religión vuelta boca abajo y que se la puede encontrar hasta en esa bella literatura que escribía, la cual sobrepasaba los estrechos y canijos límites de muchos literatos más jóvenes que él que no le llegaban ni a la altura del zapato, a pesar de sus pretensiones fallidas.

Era Sartre un gran analista de la psicología humana lleno de intenciones. Era un psicoanalista, sin ser de la escuela freudiana, sino en cierto modo todo lo contrario. Su punto central de mira como meta era llegar a ser consciente, como lo quiso ser Freud, pero Sartre lo pretendió sin la mítica del psicoanálisis ortodoxo. No buscaba en sus impulsos para seguirlos, sino que conscientemente los combatía, pero no ascéticamente, sino a fuerza de inteligencia luminosa, de comprensión. Era un enemigo de la "causalidad psíquica" y un ferviente de esa apertura a lo consciente, a la "comprensión" silenciosa de todo.

Las tres obras que más me impresionaron fueron: La putain respectueuse, Huis clos y L'existentialisme est un humanisme. Tres obras cuyas claves humanas son las mismas de lo que hoy nos atenaza en este mundo deshuma-

nizado. Otros trabajos suyos son quizá más literarios o más profundos, pero éstos me parecen los más útiles hoy. Decía de las cosas que son "pensamientos que se paran en medio del camino". Porque en todo lo visible hay una idea de fondo que lo dirige. Y partiendo de ella hay que romper la envoltura que la aprisiona.

Tenía fama de revolucionario desmelenado, pero aconsejaba un realismo profundo, dentro de su postura negativa para con la sociedad actual. Según él, "rehusar no es decir que no, sino modificarlo por medio de un trabajo constante... Por eso tendremos que aceptar muchas cosas para modificar de verdad algunas". Así es como se llega a una actitud comprometida, con las manos en la masa, sin puritanismos de ninguna clase, como él consiguió vivir. Porque el puritanismo es un idealismo que cae en lo peor ("qui fait l'ange, fait le bête", como recordaba el observador Pascal). De otro modo, con un realismo profundo, se llega al "heroísmo de la conciencia", a la "responsabilidad total" con sencillez, sin alharacas ni triunfalismos engraidos, como él lo evitó.

El ateo radical dejó de creer en Dios —en el Dios de muchos creyentes— a los once años; pero vivió durante años con una postura teológica todavía, siempre con referencia a lo absoluto. Confesaba: "Trabajo como por deber, aunque nadie me lo pide". Y así llegó a decir "durante mucho tiempo busqué lo absoluto, hasta llegar a la época de La Nausée".

La "soledad total" que él analizó es lo que estamos experimentando los humanos hoy. Y para salir de ella hemos de llegar primero a ese pesimismo lúcido que él tuvo, y después hace falta reconocer que "es preciso que el hombre se encuentre a sí mismo y se persuada de que nadie le puede salvar de él mismo". Esta aceptación desnuda de la propia identidad, reconocida sin más, es lo que necesitamos hacer hoy.

Los españoles hemos perdido nuestra propia identidad civil, lo mismo que la religión, y no sabemos encontrar dónde está porque vivimos en la superficie de las cosas. Así es como se

ha perdido en España, a fuerza de superficialidad inducida por la sociedad actual, la religión. Porque sólo "el que sabe de profundidades, sabe de Dios", y esto no lo fomenta el ambiente. Y el que esto hace sabe de Dios, aunque no supiera cómo se llama.

¿No deberíamos ponernos en contacto con todo, con todas las cosas, con cualquier realidad, y ejercitarnos en extraer de todo ello su meollo, su último núcleo no visible? Porque lo invisible está en lo más profundo de lo visible, y no en las alejadas y etéreas nubes: ese sería el mensaje universal de Sartre, del ateo Sartre.

"La esperanza —decía este año el padre Louis Sintas, el predicador de las famosas Cuaremas de Notre Dame en París, ante 6.000 auditores de todas las creencias e increencias—, la esperanza no se encuentra en un más allá cronológico, sino en un más allá del hombre limitado que somos, porque hemos de sobrepasarnos continuamente".

El poeta Blas de Otero nos animó a esta tenacidad superadora:

"Si me muero,  
que sepan que he vivido  
luchando por la vida y por la paz...  
Si me muero,  
que sepan que he nacido  
para pasar el tiempo a los de atrás.  
Confío en que entre todos dejaremos al hombre en su lugar".

Este es el único Jesucristo que ha existido, el que León Felipe descubrió cuando afirmaba:

"¿Quién es el hombre? / Tal vez sea Cristo... / Porque el Cristo no ha muerto... / Y el Cristo no es el Rey, como quieren los cristeros y los católicos políticos y tramposos. / El Cristo es el Hombre... / La sangre del Hombre... / De cualquier Hombre...".

Esa es la identidad que encontró Sartre, aunque se mantuvo ateo. Pero ¿qué importa? Lo que vale es la actitud ante la vida, sea cual sea el nombre que le demos. ■